

# Diablotexto *Digital*



IOANA GRUIA: *LA LUZ QUE ENCIENDE EL CUERPO* (PREMIO DE POESÍA  
HERMANOS ARGENSOLA, 2021)

Madrid: Visor, 2021, 87 pp.

LUIS ESCAVY  
POETA

En pocas ocasiones tiene uno la fortuna de hablar de un libro tan maravilloso como el de Ioana Gruia (1978, Bucarest). La poesía, ya lo sabemos, es un camino irregular, en el que necesariamente tiene que haber altibajos por el hecho sencillo de que es el reflejo de una vida. Cuando nos encontramos con una poeta que navega en los desequilibrios de su historia y es capaz de mantener una coherencia narrativa, que no solo no desmerezca sus nuevos poemas por ser tan espléndidos los otros, sino que además todos juntos formen un viaje con sentido, hablamos de una gran poeta.

La narrativa de una historia cobra más fuerza si empieza en el principio. Esto parece una evidencia pero no lo es en absoluto. En la vida, por supuesto, es natural, puesto que por mucho que queramos escaparnos de nuestros recuerdos, no hay nadie que pueda huir muy lejos del pasado, siempre a la sombra de la persona que ahora somos ; pero, en el arte, la ruptura de nuestra narrativa es un proceso verosímil, a veces necesario, en el que muchas veces es preciso distanciarnos de lo anterior para emprender un camino que parte del ahora.



Esto crea diferentes puntos de partida y diferentes historias, que no dejan de ser sensatas, pero que no están unidas por una única versión mantenida a lo largo del tiempo ni defienden de la misma forma lo que fuimos, lo que somos y lo que estamos empezando a ser. Por poner un ejemplo de una narración extraordinaria, recuerdo *La Odisea*, el viaje de un hombre que se marcha de su casa y recorre un camino que sobre todo es hacia dentro. Ulises vuelve cuando se da cuenta de que es él quien se ha perdido, pero durante todo el tiempo anterior entiende que en su vida todo, la guerra, la patria, el amor, la fragilidad, la duda, está vertebrado por un destino que no depende de nosotros.

*La Odisea* es un texto de amor, como lo es *La luz que enciende el cuerpo*. Ulises no renuncia nunca a su hogar, igual que loana no renuncia a sus libros anteriores. A su poética, igual que al clásico griego, le une un fuego luminoso que es el del hogar, donde el lector puede siempre reconocer a la poeta por una cicatriz en la piel que no es tan antigua como la del héroe, pero que sí ha sido un accidente, porque el milagro de la identidad poética es un don que no puede elegirse.

loana Gruia nos regala este magnífico poemario, *La luz que enciende el cuerpo*, que resultó ganador del Premio de Poesía Hermanos Argensola en su edición de 2021. A mí, desde su *Carrusel*, me conquistaron sus poemas de una manera poco frecuente. loana, no sé si por su condición extranjera, ha traído a la poesía en castellano la música de su país y ha sabido construir un idioma dentro de otro, con un ritmo personal que sería muy difícil confundir. Yo leo un poema de loana y sé que es de loana. Sus palabras, de alguna forma, siempre traen un aire a carrusel de finales del siglo XX en Bucarest, a un tango tranquilo, a un castillo abandonado en medio de un gran bosque, donde seguramente hubo un amor y alguien tocaba el piano lentamente mientras los dos amantes dormían abrazados.

En la primera parte de este libro, “Las mujeres de Hopper”, título bellísimo por otra parte, la contemplación del exterior revela un interior de sombras y luces. Yo no sé qué ve loana cuando se mira contemplar por la ventana, o a una mujer que se parece a ella, pero sí sé que sus palabras me trasladan a una vida secreta que a diario imagino pero que no tengo. Esa vida



es distinta para cada lector, pero el magnetismo que nos lleva a imaginarla nace de un lugar común.

La segunda parte es la que da título al libro: “La luz que enciende el cuerpo”, y es también la más breve, quizá porque el poema “Salvavidas” es suficiente para mantener él solo una sección. Hay un verso que me gusta mucho, “un cuerpo hecho de piel y pensamiento”. Es una idea seductora y presente en todo el poemario y con la que además estoy de acuerdo: yo también he pensado que la piel del otro puede salvarnos de un destino más turbio y que el deseo se parece mucho a la esperanza.

La parte tercera es la columna del libro, donde el deseo, el amor por su hija y el amor, que pudo ser y que no ha sido, el baile y la sangre gitana se dan la mano en poemas maravillosos entre los que destaco “Alguien que no era yo” o “Mujer en la ventana”, idea que nos traslada de nuevo al comienzo. Aquí la infancia deja paso a la madurez, y la madurez conlleva extravíos y decisiones que nos hubiera gustado tomar de otra manera. Ioana es esta música secreta que algunos escuchamos por las noches sin decírselo a nadie.

En la cuarta parte, “Parque interior”, la infancia se nos revela como el territorio al que ya no podemos regresar pero viene con nosotros. En su caso todo esto tiene otro sentido, porque vino de Rumanía cuando era muy joven. No sé si por eso hay tantas vidas en su vida y sus poemas están cargados de una pequeña tristeza por las cosas que no fueron.

En la parte quinta, ya casi acabando, aparecen las “canciones” y esa música que siempre va con ella y a la que yo hacía referencia al principio. No es una música triste, pero la vida, como ya nos ha enseñado Ioana en sus poemas, tiene sombras, espacios donde la luz es diferente y la alegría es un azar que disfrutamos. Un poema, “La canción de las cosas perdidas”, es especialmente emocionante.

En la última parte, “La casa de mi piel”, aparece otra vez el amor, pero ya no el amor de las cosas perdidas, sino un amor que devuelve la esperanza, en el que hay un banco, un mar de olivos, una noche de verano. Coge fuerza otra vez la idea de un cuerpo hecho de piel y pensamiento, que protege. Poemas como “Aline” o “Casa” reconfortan y dan calor al lector, que llega con el corazón agitado tras los bailes, las canciones y el amor difícil.



*La luz que enciende el cuerpo* es un libro al que vuelvo muchas veces y vuelvo porque lo reconozco, y porque me reconozco en él. Con la poesía de loana me ocurre lo mismo que a Ulises en *La Odisea*: el viaje más emocionante no es hacia lo desconocido.